

LA FE Y LA TRAYECTORIA PERSONAL DE AGUSTÍN.

Agustín en todo momento se ha dejado estructurar por el Dios de Jesucristo y por los hombres, sus hermanos, se ha dejado guiar por el Espíritu Santo cotidianamente y se ha convertido en un buen acompañante en la tarea educativa de la fe, traduciendo en narración su propia fe.

Desde pequeño ha oído hablar de Dios en su casa, de hecho fue signado con la cruz y paladeó la sal: “Siendo todavía niño oí hablar de la vida eterna, que nos está prometida por la humildad de nuestro Señor Dios, que descendió hasta nuestra soberbia; y fui signado con el signo de la cruz, y se me dio a gustar la sal desde el mismo vientre de mi madre, que esperó siempre mucho en ti... Por este tiempo creía yo, creía ella y creía toda la casa, excepto solo mi padre” (Confesiones 1, 11, 17). Evidentemente el cristianismo de su casa tuvo una poderosa atracción para él: “Y miré como de paso—así lo confieso—aquella religión que, siendo niño, me había sido profundamente impresa en mi ánimo, y, si bien inconscientemente, me sentía arrebatado hacia ella. Así titubeando, con prisa y ansiedad, cogí el libro del apóstol San Pablo. Y me hice esta reflexión: Ciertamente éstos no hubieran realizado tan grandes hazañas, ni vivido como nos consta, a no hallarse sus escritos y argumentos en consonancia con tan estimable bien. Y lo leí todo entero con mucha atención y piedad” (Contra Académicos 2, 2, 5).

Durante su estancia en el maniqueísmo fue un proselitista que arrastró a todos sus amigos y se propuso incluso arrancar la fe católica de su madre, que estuvo dispuesto a combatir con Dios y derrotarlo: “Y lo más incurable de mi pecado era que no me tenía por pecador, deseando más mi execrable iniquidad que tú fueras vencido por mí en mí para mi perdición, que no serlo yo por ti para mi salvación” (Confesiones 5, 10, 18). Cuando se acercó a la Escritura fue con un ánimo de crítica, cuando la conozca mejor, hará apreciaciones atinadas. Él mismo nos cuenta el proceso y la causa de su decepción, a la vez nos muestra la sana envidia que siente de los que están en el nido de la fe: “Os hablo yo que, engañado en otro tiempo, siendo aún jovenzuelo, quería acercarme a las divinas Escrituras con el prurito de discutir, antes que con el afán de buscar. Yo mismo cerraba contra mí la puerta de mi Señor con mis perversas costumbres: debiendo llamar para que se me abriese, empujaba la puerta para que se cerrase. Me atrevía a buscar, lleno de soberbia, lo que no se puede encontrar sino desde la humildad. ¡Cuánto más dichosos sois vosotros ahora! ¡Cuánto mayor es vuestra seguridad en aprender, cuánto mayor la protección de que gozáis quienes, aún pequeñuelos, estáis en el nido de la fe y recibís el alimento espiritual! Yo, en cambio, como un desdichado, creyendo que ya era capaz de volar, abandoné el nido, y antes de volar caí al suelo. Pero el Señor misericordioso me levantó para que no muriese pisoteado por los transeúntes y me puso de nuevo en el nido. Las cosas que ahora, ya seguro en la fe, os propongo y expongo, fueron las que me turbaron” (Sermón 51, 6).

Pero a pesar de sentirse católico por dentro, le ha costado dar el paso de la conversión, llegado el momento opta por la fe de la Iglesia porque siente que ella educa con mansedumbre para creer y porque Dios nunca niega a nadie su luz, es verdad que quiere contar con nuestra colaboración, pero es Él el que concede la gracia de la conversión: “He suplicado y suplico al único y verdadero Dios todopoderoso de quien, por quien y en quien existen todas las cosas, que me otorgue

un espíritu pacífico y sereno que piense más en corregiros que en derribaros, a la hora de refutar y rebatir vuestra herejía, a la que quizá también vosotros, ¡oh maniqueos!, os adheristeis más por imprudencia que por malicia. Pues aunque el Señor derribe por medio de sus siervos el error, manda que a los hombres, en cuanto hombres, se les corrija y no que se les procure la perdición... Tarea mía fue sólo elegir y desear lo mejor para tener acceso a vuestra corrección, no con ánimo de polemizar, de rivalizar o de perseguiros, sino consolándoos con mansedumbre, exhortándoos con benevolencia y discutiendo con suavidad, según está escrito: *No conviene que el siervo del Señor entre en disputas; antes bien, sea manso con todos, dócil, paciente, y corrija con modestia a quienes tienen otras opiniones*. Cosa mía fue querer y solicitar este papel; a Dios incumbe otorgar lo que es bueno a quienes lo quieren y lo piden” (Replica a la carta llamada del Fundamento 1).

Ingredientes de la fe.

La fe consiste en creer en Dios y a Dios, es decir, Dios es el fundamento de la fe: “Tengo fe en Dios: lo que dejé lo encontraré a salvo. ¿Crees en Dios y no crees a Dios? Creo en Cristo que está a buen recaudo lo que dejé; nadie lo tocará, nadie lo robará. Quieres estar seguro confiando en Cristo, a fin de no perder nada de lo que tienes en casa; más seguro estarás, sin duda, creyendo a Cristo, que te dio un consejo diciéndote en dónde lo debes poner” (Comentario al salmo 38, 12). Esta distinción entre creer en Dios y creer a Dios es fundamental para entender la fe en Agustín, como podemos comprobar en este texto ya clásico: “Cuando el espíritu del hombre coopera con el Espíritu operante de Dios, entonces se cumple lo que ordena el Señor; pero esto no acontece sino creyendo en aquel que justifica al impío. Esta fe le faltó a la generación depravada y provocativa, y por eso se dijo de ella que su espíritu no fue fiel a Dios. Esto se dijo con gran precisión y claridad para señalar la gracia de Dios, que no sólo obra la remisión de los pecados, sino que hace cooperante al espíritu del hombre en la obra buena. Al decir lo anterior es como si dijera: su espíritu no creyó a Dios. El ser el espíritu fiel a Dios es no creer que su espíritu pueda obrar la justicia sin Dios, sino con Dios. Esto es también creer *en Dios*, lo que sin duda es más que creer *a Dios*. Asimismo, muchas veces ha de creerse *a* cualquier hombre, aunque no haya de creerse *en* el hombre. Luego creer *en Dios* consiste en que, creyendo, nos adhiramos para obrar bien a Dios que obra las buenas obras... Luego aquella generación cuya imitación ha de evitarse fue depravada y provocativa *porque su espíritu no fue fiel a Dios* puesto que, si creyó *a Dios* algunas cosas, sin embargo, no creyó *en Dios*; no se adhirió a Dios por la fe, o de corazón, para que, curada por Dios, cooperase rectamente a l obrar Dios en ella” (Comentario al salmo 77, 8).

El creyente cree en Dios y por Dios, cree en un Dios existente, lo que apunta la fe es a Dios, aunque también es verdad que por la fe asentimos a lo que nos propone como verdadero. Este asentimiento, que es asentir en Dios, está potenciado por Dios, por eso podrá decir Agustín que la fe es como un sacramento que tiene por dentro a Dios: “Así como a su modo peculiar el sacramento del cuerpo de Cristo es el cuerpo de Cristo, y el sacramento de la sangre de Cristo es la sangre de Cristo, así también el sacramento de la fe es la fe. Ahora bien, creer no es otra cosa que tener fe. Por lo tanto, cuando se contesta qué cree un niño que todavía no siente la afección de la fe, se contesta que tiene fe por el sacramento de la fe y que se convierte a Dios por el sacramento de la conversión, porque esa misma respuesta pertenece a la celebración

del sacramento” (Epístola 98, 9). Por lo mismo Agustín reflexiona sobre si está en nuestro poder el creer y dice: “Según la fe con que creemos, nosotros somos fieles a Dios: según aquella con que se cumple lo que se promete, Dios es también fiel para con nosotros. Así nos lo atestigua el Apóstol: *Fiel es Dios, quien no permitirá que seáis tentados más de lo que podéis*. Lo que preguntamos, pues, es si está en nuestro poder alcanzar la fe con que creemos a Dios o con la cual creemos en Dios. Pues por esto está escrito: *Creyó Abrahán a Dios, y le fue abonado a cuenta de justicia*; y también: *Al que cree en aquel que justifica al impío, se le abona su fe a cuenta de justicia*. Considera ahora si habrá alguien que pueda creer, si no quisiere, o no creer, si quisiere. Si esto, es absurdo—porque ¿qué es creer sino asentir a lo que se nos dice como verdadero?, y el asentimiento, ciertamente, es un acto de la voluntad—, luego, sin duda, la fe está en nuestro poder” (Del espíritu y de la letra 31, 54).

Creer es una decisión personal, de la que cada uno es responsable, nadie puede creer por mi, pero la fe, que es un acto personal, no es un acto solitario, porque une a los creyentes con Cristo y entre sí y da lugar a la comunión, a una comunidad de fieles. La fe exige la confesión y el testimonio, confesar la fe, dar testimonio de ella es la tarea fundamental de todo creyente. Agustín vio la necesidad de justificar el acto de creer (Cfr. La fe en lo que no se ve 1, 1; 1, 2; 2, 4; La utilidad de creer 12, 26; Confesiones 6, 5, 7) y pone el ejemplo del afecto del amigo que no puede verse y oírse y, por tanto, hay que creerlo. Además aplica esto a la vida social, que es un amor sustentado en la fe, sin la cual se hace imposible la misma vida social y la misma relación familiar y el equilibrio personal y afectivo... La fe forma parte de la psicología humana, es un acto antropológico fundamental. Si en todos los ramos del saber es importante creer a los sabios, cuánto más en lo referente a la religión: “Cuando se trata de religión, es decir, de dar culto a Dios y de conocerle, hay que evitar el ir en pos de aquellos que nos prohíben creer y con facilidad prometen razones. Nadie duda de que todos los hombres son o sabios o necios. Ahora bien, llamo sabios no a los hombres que tienen corazón e inteligencia, sino a aquellos en quienes hay una idea de Dios y del hombre bien formada, teniendo en cuenta la capacidad humana, y en quienes la vida y las costumbres responden a esa idea; a los demás, sean doctos o ignorantes, recomendables o no por su modo de vida, los considero necios. Siendo esto así, ¿quién, por alcanzado de inteligencia que sea, no ve claramente que es mejor y más saludable obedecer los dictados de los prudentes que no ordenar la vida según el juicio propio? Porque toda obra humana, si no se ha hecho con rectitud, es defectuosa; y no puede hacerse con rectitud si no es obedeciendo la recta razón. Ahora bien, la recta razón es la virtud misma; mas ¿dónde está la virtud sino en el alma del sabio? Sólo el sabio es perfecto. Luego el necio falta siempre, a no ser que con las obras realizadas obre a tenor de lo que el sabio le dicta: procederían éstas de la recta razón y no sería el necio dueño de sus actos, por decirlo así, sino un instrumento y un ministro del sabio” (La utilidad de creer 12, 27).

Pero la pregunta primera es cuál es el origen del comienzo de la fe, y esto es un interrogante sumamente importante. Agustín quiere saber si comenzar a creer en Dios depende del hombre, como opinan algunos, y si la gracia se concede según los méritos de cada uno: “Demostraremos, pues, primeramente que la fe, por la que somos cristianos, es un don de Dios; y lo probaremos, a ser posible, con mayor brevedad de la que hemos empleado en tantos otros y tan abultados volúmenes. Pero, ante todo, juzgo que debo responder a todos aquellos que afirman que los

testimonios que he aducido acerca de este misterio solamente tienen valor para probar que la fe procede de nosotros y que únicamente el aumento de ella es debido a Dios; como si no fuese El quien nos da la fe, sino que ésta es aumentada por El en nosotros en virtud de algún mérito que empezó por nosotros” (La predestinación de los santos 2, 3). Agustín va a intentar responder a estas cuestiones y clarificar lo que es la fe.

Es verdad que el aumento de la fe, su crecimiento, depende de la gracia, pero lo que intenta Agustín refutar es la afirmación de que Dios da el incremento según nuestros méritos, evidentemente detrás de esta afirmación está la doctrina pelagiana: “Mas si la fe, con que empezamos a creer, no se debe a la gracia de Dios, sino que más bien esta gracia se nos añade para que creamos más plena y perfectamente, por lo cual primero ofrecemos nosotros a Dios el principio de nuestra fe, para que nos retribuya El luego lo que de ella nos falta o cualquiera otra gracia de las que por medio de la fe pedimos, tal doctrina no difiere en nada de la proposición que el mismo Pelagio se vio obligado a retractar en el concilio de Palestina, conforme lo testifican sus mismas actas, cuando dijo ‘que la gracia de Dios nos es dada según nuestros méritos’” (La predestinación de los santos 2, 3).

Pelagio afirma que la gracia de Dios se da según nuestros méritos. Agustín no puede aceptar esta afirmación, su propia experiencia la desdice y, partiendo de la reflexión bíblica, conforma a la forma de argumentar y de hacer teología habitual en él, en concreto reflexionando desde Rm 11, 35-36 que resalta que nadie ha dado nada anticipadamente a Dios, por lo que todo el que cree, incluso el inicio de la fe, no depende de los méritos propios, sino de la gracia de Dios, es decir, la fe también tiene su origen, mantenimiento y consistencia en Dios: “Mas ¿por qué no hemos de escuchar nosotros contra esta doctrina aquellas palabras del Apóstol: *¿Quién es el que le dio a Él primero alguna cosa para que pretenda ser por ello recompensado? Todas las cosas son de Él, y todas son por Él, y todas existen en Él.* Porque ¿de quién, sino de Él, puede proceder el mismo principio de la fe? Pues no se debe decir que de Él proceden todas las demás cosas, exceptuada solamente ésta; sino que *de Él, y por Él, y en Él son todas las cosas.* ¿Quién dirá que el que ya ha empezado a creer no tiene ningún mérito de parte de aquel en quien cree?” (La predestinación de los santos 2, 4). Agustín, por tanto, se opone a la afirmación de Pelagio argumentando desde las Escrituras, pero además afirma que la gracia no depende del mérito de creer, pues para creer hace falta el don de la fe.

En Fip 1, 29, Pablo habla de la gracia de creer en Cristo y de padecer por él, ambas cosas son dadas, dice Agustín a continuación. El hombre no puede alcanzarlas, son donadas por Dios. La gracia, Dios, tiene el primer puesto y el hombre el segundo, de hecho, un poco más adelante, en la misma obra, se puede leer: “Mas si el hombre puede adquirir lo que no tenía, de tal suerte que puede aumentar también lo que adquirió, no alcanzo a comprender por qué no se ha de atribuir al hombre todo el mérito de la fe sino porque no es posible tergiversar los evidentísimos testimonios divinos, según los cuales está patente que la fe, en la cual tiene su principio la piedad, es un don de Dios... No queriendo, pues, por otra parte, oponerse a tan evidentes testimonios y queriendo, por otra, adjudicarse a sí propio el mérito de creer, trata el hombre de conciliarse con Dios atribuyéndose a sí mismo una parte de la fe y dejando la otra para Dios; pero tan insolentemente, que se adjudica a sí mismo la primera, concediendo a Dios la segunda, y así en lo que

afirma ser de ambos, se coloca a sí mismo en primer lugar, y a Dios en segundo término” (La predestinación de los santos 2, 6).

Agustín insiste en que el apóstol habla no sólo de la fe en general, o del aumento de la fe, sino también del inicio de la fe: “De ahí resultaría que al que de esta manera previamente merece, todas las demás gracias se le añadirían como una retribución divina, y, por lo tanto, la gracia de Dios nos sería concedida según nuestros méritos; mas para que tal proposición no fuese condenada, la condenó ya el mismo Pelagio. Quien quiera, pues, evitar el error de esta doctrina reprobable, entienda con toda verdad el dicho del Apóstol: *Por los méritos de Cristo se os ha hecho la gracia no sólo de creer en El, sino también de padecer por su amor*. Ambas cosas son un don de Dios, pues tanto la una como la otra se asegura que nos son dadas. Porque no dice el Apóstol “a fin de que creáis en El más plena y perfectamente”, sino *para que creáis en El*. Ni dice de sí mismo que alcanzó la misericordia para ser más creyente, sino para ser creyente; porque sabía que él no había dado a Dios primero el principio de su fe y después le había retribuido Dios con el aumento de ella, sino que el mismo Dios que le hizo apóstol le había hecho antes creyente” (La predestinación de los santos 2, 4). Es don y gracia de Dios. El don de Dios se manifiesta en el Apóstol no sólo cuando creyó en Cristo, sino también al padecer por él: “Consignados están también por escrito los comienzos de su vida de creyente, cuya historia es famosísima por su lectura en toda la Iglesia. Porque estando aún él apartado de la fe, que pretendía destruir, siendo acérrimo enemigo de ella, de repente fue convertido a esta misma fe' por una gracia poderosísima; fue convertido por aquel que debía realizar tan estupendo prodigio, conforme a lo que había dicho el profeta: *Volviendo tú el rostro hacia nosotros, no darás vida*; para que no sólo el que no quería creer se hiciera creyente, queriéndolo él mismo; sino también para que el mismo perseguidor hiciera manifiesta su persecución por la defensa de aquella fe que antes él mismo perseguía. Porque, ciertamente, le fue dado por Cristo no solamente el creer en El, sino también el padecer por El” (La predestinación de los santos 2, 4). Creer en Cristo y padecer por él son gracias otorgadas por Dios, no actos que dependen de la voluntad del hombre.

Es bueno también preguntarnos sobre lo que contiene la fe y Agustín así se lo ha preguntado y nos dice: “En efecto, nuestra fe consta de cosas increíbles: la Palabra de Dios se hizo heno, un muerto resucitó, Dios fue crucificado: cosas increíbles todas, para sanarte a base de realidades increíbles, puesto que tu enfermedad había adquirido dimensiones enormes. He aquí que vino el médico en humildad, encontró en cama al enfermo, participó con él en la enfermedad, llamándolo a su divinidad. El que destruye todo sufrimiento aceptó vivir en sufrimientos y murió suspendido en la cruz para dar muerte a la muerte. Nos dio un alimento para que lo comiéramos y sanáramos. ¿De dónde procede y a quiénes alimenta ese manjar? A los que imiten la humildad del Señor. Tú que no imitas ni siquiera su humildad, ¡cuánto menos su divinidad! Imita, si puedes, su humildad. ¿Cuándo, en qué se humilló él? El, siendo Dios, se hizo hombre; tú, hombre, reconoce que eres hombre. ¡Ojalá te reconocieras como lo que él se hizo por ti! Conócete a ti a través de él; advierte que eres hombre, y, sin embargo, es tan grande tu valor, que por ti Dios se hizo hombre. No lo echés en el saco de tu soberbia, sino en el de su misericordia” (Sermón 341 A, 1).

Agustín distingue entre ver y contemplar con relación a la fe, la fe que hace creyentes a los que la poseen y que está impresa en los corazones y que radica en el

alma: “La fe, de la cual hemos de tratar algo más despacio en este libro, conforme el plan de nuestro razonamiento lo exige; fe que hace creyentes a los que la poseen, y a los que de ella carecen infieles, como aquellos que no recibieron al Hijo de Dios cuando vino a los suyos, aunque nos llegue por intermedio del oído, no pertenece al sentido del cuerpo denominado oído, porque no es sonido; ni pertenece tampoco a los ojos de esta carne, porque no es color ni forma corpórea; ni al tacto, porque carece de corpulencia; ni a sentido alguno corporal, porque es fruto del corazón, no del cuerpo; y no está fuera de nosotros, sino en lo íntimo de nuestro ser; y nadie la ve en el prójimo, sino en sí mismo. Por fin, su existencia puede ser fingida y se la puede imaginar donde no existe. Cada uno ve la fe en sí mismo; en los demás cree que existe, pero no la ve; y lo cree con tanta mayor firmeza, cuanto mejor conoce los frutos que la fe suele, mediante la caridad, producir... Decimos con plena verdad que la fe impresa en los corazones de los creyentes, que estos mismos creen, proviene de una determinada doctrina; pero una cosa es lo que se cree, y otra la fe por la cual se cree. Lo que se cree son verdades con existencia en el pasado, en la actualidad o en el futuro; la fe radica en el alma del creyente y es sólo visible al que la posee; porque, si bien existe en otros, ya no es la misma, sino otra muy semejante” (La Trinidad 13, 2, 5).

Por otra parte, la fe es la fuente de la oración, es decir, la fe creída y la fe orada son inseparables: “Cuando veáis que no entendéis, creed a la divina palabra, ya que existen tanto la libertad como la gracia de Dios. Sin ayuda de ésta no puede convertirse a Dios la libertad ni progresar en Dios. Y orad para entender sabiamente lo que creéis piadosamente. Y para eso, es decir, para entender sabiamente, tenemos la libertad. Pues si no entendiésemos y supiésemos con la libertad, no se nos mandaría en la santa Escritura: *Entended los que sois rudos en el pueblo, y vosotros, necios, acabad de saber*. Por el mismo hecho de mandársenos y ordenársenos que entendamos y sepamos, se nos exige la obediencia, y no puede haber obediencia sin libertad. Pero, si la libertad pudiese ejecutar eso mismo, el entender y saber sin la ayuda de la gracia de Dios, no se diría a Dios: *Dame entendimiento para comprender tus mandamientos*” (Epístola 214, 7).

La fe exige donación, pero siempre tenemos que reconocer que es el mismo Dios el que sale a nuestro encuentro primero y se nos dona, así nos capacita a nosotros mismos para la entrega y donación: “Cree firmemente en *Dios y arrójate en sus brazos cuanto* puedas. Expróptate de ti mismo, sal de tu propia potestad y confiesa que eres siervo de tu clementísimo y generosísimo Señor. El te atraerá a sí y no cesará de colmarte de sus favores, aun sin tú saberlo” (Soliloquios 1, 15, 30). Sin Dios el hombre languidece, Él es todo para el hombre: “Dios es tu todo: si tienes hambre, es tu pan; y si tienes sed, es tu agua; y si estás en la obscuridad, es tu luz, que permanece siempre incorruptible; y si estás desnudo, será tu vestido de inmortalidad, cuando todo lo que es corruptible se vista de incorruptibilidad y lo que es mortal se vista de inmortalidad. De Dios todo se puede decir, pero es imposible decir nada de Él dignamente. Nada tan vasto como esta pobreza” (Comentario a Juan 13, 5). En otro momento, insiste Agustín en que sin Él somos menos y el que nosotros creamos en Él no le proporciona a Él nada: “Escucha la voz del Salmo: *Dije yo al Señor: Tú eres mi Dios, porque no tienes necesidad de mis bienes*. Tú sin Dios eres menos ser, y tú, en cambio, con Dios no aumentas en nada su ser. El no es más contigo, pero tú sin El eres menos. Cree, pues, en Él; no te retires de Él como si

perdiera algo. Te rehaces si te unes con Él y te deshaces si de Él te retiras. Él permanece intacto lo mismo contigo que sin ti” (Comentario a Juan 11, 5).

Pero Agustín es un intelectual con una pasión enorme por conocer, no puede por menos, tampoco en el ámbito de la fe, de intentar comprender el contenido de fe, es decir, Agustín quiere entender aquello que cree, quiere entender el contenido de la fe, aunque distingue entre pensar y creer: “Pues ¿quién no ve que primero es pensar que creer? Nadie, en efecto, cree si antes no piensa que se debe creer. Y aunque a veces el pensamiento precede de una manera tan instantánea y vertiginosa a la voluntad de creer, y ésta le sigue tan rápidamente que parece que ambas cosas son simultáneas, no obstante, es preciso que todo lo que se cree se crea después de haberlo pensado. Y eso aunque el mismo acto de fe no sea otra cosa que el pensar con el asentimiento de la voluntad. Porque no todo el que piensa cree, como quiera que muchos piensan y, sin embargo, no creen. Pero todo el que cree, piensa; piensa creyendo y cree pensando... Porque la fe, si lo que se cree no se piensa, es nula” (La predestinación de los santos 2, 5).

Es evidente que el que cree desea entender lo que ama, pero lo que Agustín quiere decirnos es que el peldaño final de la fe es la inteligencia de lo creído, convirtiéndose la intelección del contenido de la fe en la recompensa, aunque también es verdad que él comienza diciendo: “donde falta explicación allí se levanta la fe” (Sermón 247, 2), como diciendo que el edificio de la fe está al extremo de la razón, pero está claro que para él “la fe abre la puerta del entendimiento” (Epístola 135, 15). La fe purifica la mente y el corazón y con la luz que de allí procede se puede vislumbrar la razón: “La fe purifica el corazón para que capte y soporte la luz de la gran razón... Aquí se distinguen, sin duda alguna, dos cosas. Se da el consejo de creer primero, para que después podamos entender lo que creemos” (Epístola 120, 3). En otro momento, en uno de sus sermones, nos lo dice más claro: “Las recónditas honduras del divino reino demandaban su creencia antes de llevarnos a su inteligencia; la fe, en efecto, es el peldaño de la intelección, y la intelección es la recompensa de la fe. Un profeta se lo dice abiertamente a todos los que, debiendo ser al revés, se precipitan a la búsqueda de la inteligencia sin dárseles nada por la creencia. Dice: *Si no creéis, no entenderéis*. Porque también la fe tiene una suerte de luz propia en las Escrituras, en la profecía, en el Evangelio, en los escritos de los apóstoles. Todas estas lecturas que ahora se nos hacen, son lámparas en la oscuridad y sostenimiento mientras llega el día” (Sermón 126, 1).

Para Agustín todo creyente es, a la vez, educador en la fe, educador cristiano, su vida y sus actitudes interrogan e inquietan, despiertan conciencias, por eso nos da unas pinceladas de lo que ha de ser el camino a recorrer cuando nos dice: “Si queremos, pues, con cristianas exhortaciones despertar y enardecer los ánimos indolentes y fríos para obrar el bien, primero exhortémoslos a la fe, a hacerse cristianos y sujetarse al Nombre sin el cual nadie puede salvarse. Y si son cristianos ya, pero negligentes en vivir según la fe que profesaron, úsese el flagelo del terror y levántense sus ánimos con la alabanza del premio. Hemos de animarlos no sólo a obrar bien, sino también a la práctica de la oración, instruyéndolos con sana doctrina, para que den gracias a Dios si han comenzado a vivir bien y sin grandes dificultades han logrado algo; y cuando sientan alguna dificultad, *no cesen* de orar a Dios con mucha fidelidad y perseverancia y con buenas obras de misericordia para conseguir la facilidad. Siguiendo por este camino del aprovechamiento, no me

importa dónde y cuándo llegarán a la meta de la perfecta justicia; pero digo que todo adelanto que hicieren, sea donde sea y cuando sea, se debe a la gracia de Dios por mediación de nuestro Señor Jesucristo. Y cuando se hallaren firmemente persuadidos de su perfecta inocencia, no digan que tienen pecado para que la verdad no se aparte de ellos; así como tampoco está en los que, siendo culpables, dicen que no tienen pecados” (De la naturaleza y la gracia 68, 82).